

**CUANDO DUELE LA VIDA**



# CUANDO DUELE LA VIDA

Paco Martí

Autor: Francisco José Martínez Martí

ISBN: 9789403865430

© Francisco José Martínez Martí

Depósito legal: V-1771-2026

La vida es aquello que te va sucediendo  
mientras te empeñas en hacer otros planes.

JOHN LENNON

La vida no es sino una continua sucesión  
de oportunidades para sobrevivir.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Somos sanados del sufrimiento  
solamente cuando lo experimentamos a fondo.

MARCEL PROUST



En memoria de José Martínez Toral  
y de las otras 229 víctimas mortales  
de la DANA del 29 de octubre de 2024



DE AQUELLOS POLVOS



## YO

Suena por enésima vez el Viva la vida de Coldplay en la radio del coche. Cambio de emisora y tras los últimos compases del Elle Elle l'A de Kate Ryan vuelve a aparecer la voz de Chris Martin derrochando ese empalagoso optimismo vital. Cómo odio venir al notario. Siempre pierdo media tarde y me toca dejar el coche en un parquin porque estacionar en la calle es una quimera, ni siquiera en zona azul. La calle Xàtiva está abarrotada de vehículos que intentan salir de la ratonera del centro en dirección a sus hogares. Me meto entre la plaza de toros y la Estación del Norte hacia la Gran Vía buscando algo más de fluidez.

Me hartó de la música y le doy a una presintonía para escuchar información deportiva. Ante el parón de la liga por las competiciones de las selecciones nacionales, el periodista habla sobre las obras del Nou Mestalla. Menudo campo se nos va a quedar. En unos años lo vamos a flipar. Vamos a ser la envidia de toda España con ese pedazo de campo. Tendré que hacer negocios con Juan Soler. Bueno, mejor con su padre que es el que maneja, el más listo de los dos y el que tiene vista para los negocios. Giro a la izquierda buscando Germanías y me vuelvo a encontrar con otro atasco. Debería de haber seguido recto hacia La Pantera Rosa. Allí hubiera tenido la alternativa de ir por Peris y Valero que también suele tener un tráfico horroroso o buscar una ruta alternativa menos densa.

Se nota que ya estamos en septiembre. El tráfico se vuelve imposible. Los tres carriles de la Gran Vía están abarrotados y avanzamos a ritmo de nazareno en esta laica procesión diaria. Espero que después del cruce de la Plaza de América el tránsito sea más fluido. Suena el móvil. Es Rogelio, de la Conselleria de sanidad. A lo mejor, le sacamos provecho a la densidad circulatoria.

- Dime, Roge.

- Oye, que tu propuesta ha sido aceptada.
- Pero sabes que sobre el papel es una cosa y la realidad será otra. Necesito regularizar ciertos ingresos
- Hay que darle un poquito de cal a nuestra generosidad.
- Sí, tengo que enjalbegar la casa del pueblo, ya tú sabes – le digo entre risas.
- Está claro. Un poquito en el precio y otro en artículos, que estos de los puertos son aficionados a perder cosas – dice con retranca -. Pero con tiento que no puede cantar mucho.
- Descuida.
- Mañana comemos y cerramos el acuerdo.
- ¿No habrá problema con la adjudicación directa?
- No, porque lo vamos hacer en varios contratos para no llegar al tope. Por un lado, el material quirúrgico; por otro, antisépticos y desinfectantes y por otro, los equipos de protección.
- De acuerdo. Por cierto, las mascarillas y los guantes, vale porque gastáis muchos en operaciones y eso, pero, ¿los EPIs? ¿Para qué queréis tantos?
- Alguno en Bruselas que vio “Estallido” y le entró la paranoia. Y bien que nos viene a nosotros, ¿eh? Ya sabes normativa europea.
- Ya estáis preparados para una pandemia.
- Hay que estarlo que, con tanto inmigrante, el ébola acecha – las risas vuelven a interrumpir la conversación -. Bueno, mañana llama a mi secretaria y te dirá el lugar y la hora de la cita.
- De acuerdo. Hasta mañana.

Me descojono con esta gente que cuando habla por teléfono lo hace en clave por si lo tienen pinchado. Hay a quien le grabaron diciendo que estaba en política para forrarse y no le pasó nada. Es más, llegó a presidente de la Generalitat Valenciana y hasta ministro. Hay que ver las tragaderas que tiene este país. Aunque Roge está tan moreno como el cartagenero, es un mindundi a su lado. Me alucina los aires que se

da. Pero no voy a negar que me viene muy bien. A Rogelio lo conocí gracias al pádel. En realidad, un amigo común me habló de él y vi la oportunidad. Olfato para estas cosas no me falta. Organizamos una partida para entrar en contacto. Unos puntos incomprensiblemente perdidos por nosotros, set y partido para ellos, unos halagos ensalzando su nivel deportivo a pesar de su barriga para elevar su ego y un poco de camaradería cervecera tras la ducha hicieron el resto. Roge llegará lejos. Es ambicioso, pero paciente; leal a la par que ladino; discretamente pelota. Sabe dejarse ver cuando toca y esconderse cuando llega la borrasca. Sí, Roge llegará lejos.

Parece que Euroxoto Import-Export empieza a dar sus frutos. Una empresa de importación y exportación que creé para blanquear algunos ingresos de procedencia dudosa. Los negocios y el tráfico se han desatascado a la vez. Cruzo el puente de Aragón y giro en dirección a la prolongación de la Alameda. Es momento de ponerse en modo esposo amantísimo y padre entregado. Sé que no soy el mejor marido, pero procuro que no se note. A veces, me sorprende mi propio cinismo. Pero quiero pensar que es sólo una pose. Maite y los niños son lo mejor que tengo. Aunque, a veces, creo que estos pensamientos son una forma de autoconvencerme de algo, quizás un convencionalismo social, que no creo. Aprovecho el semáforo en rojo tras el Palau de la Música para coger un chicle que disimule un poco el aliento a Cardhu. Ella sabe que por mis asuntos a veces me tengo que tomar una copa para cerrar alguna negociación, pero no me gusta que perciba ese rancio olor en mi boca.

Me encamino directamente al garaje, lo que me permite evitar al cansino de Rafa, el portero. Cada vez que me ve, me acribilla a preguntas sobre la actualidad económica buscando pistas para invertir los cuatro duros que tiene. Ni que fuera Emilio Botín. Es flipante comprobar que cualquier currela con cuatro perras se cree con derecho a ser un potentado y, al final, lo único que consiguen es vivir por encima de sus posibilidades. Aunque, quizás, éste sea uno de los principios del capitalismo, hacer creer a la gente que cualquiera puede progresar en la vida. Pero eso sólo lo conseguimos unos pocos.

- Hola, cariño. Ya estoy en casa.

Tras saludar, me dirijo directamente a la terraza. Me dejo acariciar por la brisa que, a esta hora de la tarde, refresca el ambiente tras un tórrido verano. Los tenues rayos de sol se reflejan en la cúpula azulada del Palau de les Arts. Su trencadís adopta una tonalidad especial con el ocaso mediterráneo de mediados de septiembre. Desde aquí, me deleito con las espectaculares vistas que me ofrece la imagen icónica de la Ciudad de las Artes y de las Ciencias. El tramo final del jardín del Turia serpentea a lo largo de la urbe. Recuerdo que, durante mi niñez, el viejo cauce era una sucesión de campos de fútbol de tierra, huertas y cañares separados por un putrefacto reguero de agua maloliente. Cuando cruzaba el puente de madera, que por aquel entonces era una pasarela de hormigón que sustituía al original del material que le daba nombre y que fue destruido por la riada del 57, acostumbraba a lanzar al agua cualquier objeto que pudiera flotar y corría a la barandilla opuesta para verlo pasar navegando en el hediondo riachuelo. Ahora, en esta ciudad tan cambiada, el puente vuelve a ser de madera y el cauce es invadido por corredores populares, mascotas que pasean a sus dueños y, a esta hora, gentes sin hogar que buscan acomodo bajo uno de sus puentes para pasar la noche. Al fondo, las curvas del circuito urbano de Fórmula1. Desde aquí se oían rugir los motores hace escasamente un mes. Y más allá, el mar que surcaban los veleros de la Copa de la América hace un año. Valencia ha cambiado tanto en los últimos años. Cuando era crío, era una ciudad de provincias en el Levante feliz, ninguneada por Madrid y siempre a la sombra de Barcelona. Ahora, la ciudad estaba subida en la cresta de la ola del éxito y yo no podía ser ajeno a todo esto. Como Valencia, yo también me deshice de mis complejos y he crecido con ella. Ambos creímos que se podía y hemos podido. Nos ha costado, pero lo conseguimos. Mucho esfuerzo, muchas horas de estudio compatibilizadas con trabajos mal pagados para llegar donde he llegado. Algún amigo se sorprendió cuando escogí Económicas y Empresariales al acabar el instituto. Si eres el hijo de un obrero, me dijo uno. Precisamente por eso, porque no quiero ser un obrero toda

mi puta vida, respondí. Crecí en un barrio humilde, a extramuros de la vieja urbe. Las edificaciones de finales de los sesenta se alternaban con viejos edificios de una o dos plantas construidos a principios de siglo, muchos de ellos en ruinas y ocupados por gentes de dudosa procedencia o de baja estofa que no le hacían ascos a compartir su espacio con la mugre que les rodeaba. Un urbanismo caótico al que afortunadamente le hemos puesto coto.

Mi padre se pasó décadas aspirando los vapores tóxicos de los barnices con los que daba lustre a Pierrots y polichinelas, a falleras con niño, a abuelos con nietos, a caballos rampantes que reposaban sobre los muebles de miles de comedores y mesillas de recibidor, en un intento inútil de darle un toque sofisticación a humildes moradas. Por aquel entonces nada sabíamos de las enfermedades profesionales y mi padre se quedó como aquellas figuritas, paralizado por unas neuronas vaporizadas. No, no quería ser un obrero. Lo veía como un peso muerto y sentía pena por él, por haberse quedado inmóvil en un mundo que no para ni tiene tiempo para ir a su ritmo; por mi madre, por ser esclava de un ser cada vez más inanimado que solo podía ir a peor; por mí, porque echaba de menos a aquel padre con el que jugaba al fútbol en Porta Coeli utilizando dos árboles como portería, con el que empinaba en cachirulo en la Malvarrosa después de comernos la mona, que me tomaba la lección a pesar de llegar cansado del taller. Viéndolo hecho un vegetal después de tantos años trabajando, decididamente, no quería ser un obrero.

Y cuando él tuvo que dejar de trabajar, mi madre tuvo que romperse la espalda limpiando porque la pensión no alcanzaba. Se levantaba a las 5 de la mañana para comenzar la jornada. Primero, unas oficinas que tenían que estar como una patena antes de que llegaran los trabajadores encorbatados. Luego, unas cuantas escaleras. Más tarde, vuelta a casa para asear a mi padre que ya no tenía fuerzas ni para levantar un peine y mucho menos para rasurarse el mentón. Cargar su peso muerto para sentarlo en la silla de ruedas, darle el desayuno en silencio mientras él la miraba con una mezcla de ternura, cariño, agradecimiento, tristeza, amargura e impotencia. Al final, después de

que ella le limpiara los restos de leche de la comisura de los labios, él se esforzaba en superar la incipiente parálisis facial para esbozar una sonrisa que la reconfortara. Y después de comer, tras acostar a mi padre para que durmiera la siesta, me la encontraba al volver del instituto, rendida en el sofá. Y mientras mi padre veía los concursos de la tarde en televisión, ella seguía trabajando, cosiendo trajes de bebé en su Singer de toda la vida hasta la hora de hacer la cena. No, no quería ser un obrero.

Con tantas estrecheces, veía con envidia a mis compañeros. Ellos calzaban unas Nike que jamás podría enfundarme. Me tenía que conformar con unas humildes Paredes. Nunca tendría unos Levi's etiqueta roja, en su lugar vestía unos Cimarrón. Ni Lacoste ni Privata, un jersey tejido amorosamente por mi madre. Ni órgano Casio ni ordenador MSX o Spectrum. Lujos que, a pesar de sus titánicos esfuerzos, no me podían dar. Pero, sin embargo, odiaba a los melencidos que se agolpaban alrededor del Vatio Mudéjar, templo del Heavy Metal local. No conseguía comprender cómo estaban tan orgullosos de ser hijos de la miseria, luciendo vaqueros raídos en lugar de unos tejanos lavados a la piedra; compartiendo litronas, dejando de lado un buen whisky o luciendo chupas de polipiel y no una elegante cazadora de ante. Quizá todo eso yo tampoco me los podía permitir, pero no quería renunciar a ello, porque no, no quería ser un obrero.

Desde muy joven empecé a trabajar. Me ganaba un poco de dinero ayudando en el bar de un vecino. Al principio, un par de horas al salir de clase. Luego, los fines de semana. Al final, siempre que podía. Con ello ganaba para mis gastos y aliviaba así la maltrecha economía familiar. Con el tiempo, conseguí pagarme los estudios. Servía copas por la noche y estudiaba por el día. Mientras otros quemaban su vida en la ruta del bakalao, yo trabajaba en ella. Mientras unos se mantenían despiertos en una fiesta que duraba todo el fin de semana sin descanso, yo utilizaba sus mismos métodos para no quedarme dormido ante los libros cuando tenía un rato. No, no quería ser un obrero.

Siempre he pensado que mi madre hubiera preferido tener una niña para que, como se decía en aquellos tiempos, le ayudara con sus labores. Pero vine de nalgas, se complicó mi parto y se quedó sin la posibilidad de tener una hija. Y cuando mi padre se convirtió en un cuerpo inerte, yo me fui a Londres huyendo de aquella carga como ahora me escabullo de las tareas paternas. "Es tu vida y no puedes desaprovechar oportunidades. Tienes que labrarte un futuro", dijo mi madre cuando me salió la oportunidad de disfrutar de una beca en el extranjero. Quizás ella, en el fondo, deseaba otra respuesta, pero cogí el petate y me fui. Hui de mi responsabilidad como hijo como ahora huyo de mi responsabilidad como padre y me refugio en mis negocios para no tener que pelear con mis hijos para que hagan los deberes. "Es por su futuro", le digo a Maite para poder hacer de mi capa un sayo. Aunque de vez en cuando reflexione sobre ello, no me genera ningún tipo de remordimientos. Las cosas vienen como vienen.

Desde aquí, en lo alto de un edificio, veo resplandeciente el rótulo de mi banco. En él entré para hacer prácticas y allí me quedé. Me acogió bajo su ala Don Alfonso que me daba buenos consejos. Era un empleado de banca de los de la vieja escuela que había entrado en la entidad como botones. Fue aprendiendo el oficio y ascendiendo poco a poco, paso a paso, hasta llegar a director de sucursal. A veces, me lo imaginaba en la caja con sus manguitos y su visera. Cuida de los clientes. Ellos son lo más importante, me dijo el día de su jubilación. La vieja escuela siempre con ese tono paternalista. Mi única fidelidad se la debo la empresa, los clientes sólo son un daño colateral, un mal necesario. Controla esa ambición, me dijo, y al día siguiente ocupé su despacho. Estaba feliz porque acababa de ser abuelo. Se va a llamar como su padre y como su abuelo, Alfonso, Alfonsito, Sito, dijo orgullosamente radiante. Ya se imaginaba sacándole de paseo y dándole consejos como hacía conmigo. Ve paso a paso, no des saltos, insistía. Pero la vida es muy corta y el camino demasiado largo. Siempre hay atajos. Lo único que hace falta es inteligencia para reconocer las oportunidades y osadía para afrontarlas. Y yo ando sobrado de ambas. Por eso ya no soy un obrero.

- Empieza a refrescar – dice Maite mientras se frota los brazos.
- ¿Y los chicos?
- Noelia en su habitación repasando.
- ¿Ya? Pero si acaba de empezar el curso, por dios.
- Ya sabes cómo es. Le gusta tenerlo todo ordenado y controlado.
- Obviamente, ha salido a ti, que siempre tenías los apuntes con letra de caligrafía.
- No como tú que los tenías todos guarros y luego aprobabas con nota. No sabes la rabia que me daba
- Es lo que tenemos los genios. ¿Y el peque?
- Con la maquinita que le compraste el otro día. No tenía bastante con la Wii que le cayó en Navidad que vas tú y le compras la última que ha salido al mercado.
- Déjale que se divierta.
- Pero no es forma de educar a un niño, dándole todos los caprichos que pide. Tiene que aprender que las cosas cuestan.
- ¿Y la paz que da? Ni se le oye.
- Pero luego, la que tiene que aguantar sus peloterías cuando le digo que ya está bien de consola soy yo.
- ¡¡¡RUBÉN, DEJA LA NINTENDO Y A LA DUCHA!!!
- Joooo
- ¡¡¡NI JO NI JA!!! QUIERO OIR EL AGUA CAER O EL DOMINGO NO VAS A MESTALLA!!!
- Todo lo solucionas igual.
- ¿Oyes la ducha? Problema resuelto.
- Tú todo lo ves muy fácil, pero no lo es.
- Venga, tráete un par de cervezas y no te enfades.

Hace una mueca entre fastidio y satisfacción, antes de encaminar sus pasos hacia la cocina. A pesar de los dos embarazos, sigue estando igual de buena que cuando nos conocimos en una fiesta de la facultad de derecho donde estudiaba. Cuando la vi, supe que ella tenía que ser la madre de mis hijos. Con su melena rubia, con su esbelta figura, tan delicada, tan sutil, tan elegante, con un punto pijo, pero ¡qué guarra

debe de ser en la cama!, imaginaba. Creo que fue esa mezcla la que me atrapó. Me la presentó mi amigo Mario. Él bebía los vientos por ella, pero no acababa de dar el paso. Siempre tan indeciso, siempre reiterando que era sólo una amiga y yo aproveché la primera oportunidad para quedármela. Con ese nombre y no sabía rematar. No era un matador como el que marcaba goles en el entonces Luis Casanova. No diga gol, diga Kempes, se decía en aquel entonces. Pero a este Mario ya le podían poner el balón a dos palmos de la línea de gol a puerta vacía que era incapaz de marcar.

Sin darnos cuenta, acabamos los estudios y, a partir de ahí, todo fue rodado. Conseguimos trabajo, nos casamos y, al poco, vinieron los niños. Maite dejó de trabajar para ocuparse de ellos y yo busqué una actividad para huir de los pañales primero y de los deberes después, supongo que como todos los hombres. La ventaja que tiene trabajar en la banca es que tienes tiempo libre por las tardes y no quería enmohecerme entre cacas y mocos. Unos utilizan ese tiempo para cultivar su cuerpo y yo para engordar mi cartera. No quería que les faltara de nada...ni me faltara de nada a mí. Siempre quise tener una buena casa, un buen coche, un chalé, buenas comidas, buenos restaurantes, buenas copas y ahora había llegado el momento de conseguirlo. Empecé haciendo algunas inversiones, jugando en bolsa, y no me fue mal. Luego, entré en el sector inmobiliario, más jugoso. Donde otros veían riesgo yo veía oportunidades. Aproveché mis encantos, que sé que los tengo. No es que sea vanidoso, es que carezco de esa falsa modestia que me resulta tan vomitiva. Para triunfar en los negocios hay, primero, que saber valorar lo que uno es. Y yo lo hago. Suena el móvil.

- Pepe, ¿qué tal?
- Bien, hombre, bien. Y espero que, después de hablar contigo, mejor. ¿has contactado con tu amigo el concejal?
- Esta mañana.
- Y, ¿cómo ha ido?
- Fenomenal. Le ha parecido cojonuda la idea del resort con campo de golf. Le hacían los ojos chiribitas.

- Normal. Para un pueblo de poco más de 1.000 habitantes, un negocio así les pone en órbita.
- Si esto sale bien, de aquí no nos echa ni dios, me ha dicho.
- Y eso será muy bueno para nosotros. Le has dicho que no levante la liebre ¿verdad? No nos interesa que se sepa en el pueblo.
- Tranquilo. Discreción absoluta. No sabe que ya hemos empezado a comprar los terrenos.
- Tu parte de la compra ¿cómo va?
- Viento en popa...
- ¿Todos a tu nombre?
- Con varios testaferros, como quedamos, para no levantar sospechas.
- Perfecto. Vamos a pegar un pelotazo cojonudo. ¿Algún propietario te ha puesto problemas?
- Sólo uno que no lo ve claro.
- Ofrécele más pasta.
- Si subimos mucho la oferta, sospechará y querrá más. O se puede ir de la lengua y no nos interesa.
- Bueno, esa parte ya la cierro yo que a la gente de campo me la meto en el bolsillo, que, como el rey Juan Carlos, soy muy campechano. ¿De qué pie cojea el fulano?
- ¿Qué quieres decir?
- ¿Cuáles son sus gustos? ¿Le gusta cazar, el fútbol?
- Pues no sé, la verdad.
- Averíguamelo.
- Hombre, llevaba la camiseta del Valencia.
- Perfecto. La próxima vez que quedes con él, me llamas. Me lo presentas y ya me lo camelo yo. En dos semanas viene el Barça. Me lo llevo a Mestalla, le presento a un par de viejas glorias que son amiguetes y al bote.
- Me preocupa el tema la recalificación de terrenos y la cuestión medioambiental.

- Ya está medio hablado con quién se tiene que hablar. Está prácticamente hecho.
- ¿Nadie saldrá con la pata a rastras?
- Los técnicos saben quién manda y no van a decir ni media por la cuenta que les trae. Y por la parte política, ya sabes que prietas las filas y firme el ademán. Lo que dice el jefe va a misa.
- ¿Y la oposición?
- No se enteran y cuando quieran enterarse, ya estaremos forrados. Son el ejército de Pancho Villa y están más pendientes de pegarse puñaladas traperas que de controlarnos a nosotros. Me preocupan más los del pueblo. ¿Algún tocapelotas?
- Hay un concejal independiente que le gusta dar por culo.
- ¿Se le puede comprar?
- No hará falta. Trabaja para un amigo tuyo.
- Entonces lo tenemos cogido por los huevos.
- Pero me ha llamado mi amigo Ramón.
- ¿El chico de los dineros?
- Sí. Estaba hecho un basilisco porque no le hemos dicho nada. Hay que pasar por caja que el partido también tiene que mojar.
- ¡Joder, qué impaciente! Ya sé que me tengo que retratar, pero que no agobien, me cago en la puta, que todos tenemos que vivir. Estos tipos que no han pegado un palo al agua en su puta vida huelen un euro y allá que van. Panda de buitres. En fin... Me tiene que llegar un whisky del caro y unos polvitos de puta madre. A ver si llamo a unas amigas muy cariñosas y nos montamos un fiestón para celebrar el negocio. Invita a tu amigo el concejal y que se traiga al alcalde. Díselo también a Ramón a ver si se relaja un poco y no da por culo.
- Lo haré
- Ya hablamos.

A Pepe lo conocí en el instituto. Dejó los estudios prematuramente y empezó a hacer ñapas. Con el dinero acumulado por años de trabajos

en negro y una ambición desmesurada, se tiró a la piscina y creó una constructora. Con su primera promoción pegó un buen pelotazo que incrementó gracias a entrar en la rueda de la obra pública. Casualidades de la vida, empecé a trabajar en la sucursal en la que él operaba. Tomamos un café y los recuerdos de la juventud hicieron el resto. Ante mí reconocí a un constructor de tres al cuarto con ínfulas de tiburón de los negocios. Supe que podríamos tener una relación mutuamente beneficiosa. Y así comenzamos nuestra fructífera colaboración. Pero ahora es momento de volar solo y ya he empezado a despegar, aunque su radar no haya detectado mis movimientos.

- Tu birra.
- Gracias, Cariño.
- ¿Cansado?
- Sí, un poco.
- Trabajas demasiado. Por la mañana en el banco y por las tardes con tus negocios con Pepe. Los niños y yo casi no te vemos el pelo.
- Lo sé, amor, pero lo hago por vosotros. Hay que aprovechar ahora que las cosas van bien. Esto sólo es temporal. En un par de años, la cosa cambiará- le prometo dándole un beso.
- Voy a decirle a Noelia que deje los libros que vamos a cenar – dice después de esbozar una leve mueca de resignación.

Se da media vuelta para volver al interior, momento que aprovecho para darle una palmada en el trasero. Lo sigue teniendo tan duro como cuando íbamos en la facultad. Sus clases de spinning en el gimnasio se tienen que notar. Me gusta follar con tías que tengan un cuerpo de puta madre, aunque sea mi esposa. No es que no la quiera, pero uno tiene sus necesidades. Cuando llegaron los niños, supongo que la rutina sustituyó a la pasión y me vi obligado a buscar alternativas. Aunque ya lo hacía cuando éramos novios. Y es que siempre me ha gustado mucho la fruta por su variedad: melón, cerezas, fresas, higos... Cada una tiene sus vitaminas, todas necesarias y hay que aprovechar la temporada antes de que se pongan pochás. No es bueno quedarse solo con las que tenemos en nuestro huerto y hay que probar

todas las que encuentres en el mercado. Aunque la propia sea exquisita, la de fuera parece que sabe más dulce. Qué gilipollas fuiste al dejarla escapar, Mario. Vuelve a sonar el teléfono. Hablando del rey de Roma.

- Dime, Mario.
- Perdona que te moleste a estas horas, pero quería que lo supieras por mí.
- ¿Qué pasa?
- Mañana presentaré mi dimisión. Ya he hablado con la empresa para disfrazarlo de despido amistoso para poder cobrar el paro.
- ¿Y eso?
- Ya lo sabes, lo hemos hablado un montón de veces.
- ¿Aún estás con ésas?
- Estamos vendiendo productos tóxicos y lo sabes, todos lo sabemos. Cuando reviente la burbuja, que reventará tarde o temprano, vamos a joder a mucha gente.
- ¿Quién te paga la nómina? ¿El banco o los clientes?
- Ambos.
- No. Te equivocas. Te paga la empresa. Y cuanto mejor le vaya a la empresa, mejor para ti, mejor para todos.
- Menos para nuestros clientes. Les vamos a joder los ahorros de toda una vida. Estamos hablando de jubilados, gente trabajadora como tú y como yo.
- Tranquilo que eso no sucederá.
- Pasará y no quiero tener ese peso sobre mi conciencia.
- ¡Venga ya! Que estamos hablando de banca, de negocios, a ver si te enteras de una puta vez.
- No pienso joderle la vida a nadie porque haya que cumplir objetivos. Estamos entrapando a la gente a costa de llenarle los bolsillos a los de siempre.
- Ya salió el rojo de los cojones. Si no lo haces tú, lo hará cualquier otro.

- Pues esos otros ya se apañarán. Yo prefiero dormir bien por las noches.
- Siempre has sido un puto idealista. ¡De ideas no se come, coño! De todos modos, Si quieres seguir siendo un pringado, no seré yo el que te impida cumplir tu sueño de ser un perdedor.
- Prefiero ser un idealista, un perdedor y un pringado a un ambicioso arrogante que sólo sabe chupar pollas para seguir medrando.
- ¡Vete a la mierda!
- No, no me voy. Te quedas tú en ella.

Pues no me cuelga el muy imbécil. No puedo con esa gente cargada de superioridad moral. Estamos ya en el siglo XXI, España está en la Champions League de la economía mundial y algunos se empeñan en que estemos más cerca del norte de África que de nuestros vecinos europeos. En este país falta gente con mentalidad ganadora y así nos va. A Mario le conozco bien y es de ese tipo de personas. Es así desde la facultad y no va a cambiar. Los dos nos fijamos en la misma chica. Él se quedó colgado y yo me quedé con Maite. La primera vez que me la tiré, el placer fue mayor porque me vino a la mente la cara de pringao de Mario cuando me corría. Él siempre indeciso y yo actuaba. Hicimos prácticas en el mismo banco. Él cubrió una vacante y yo me fui a Londres. Cuando volví, él se preparaba para un ascenso, pero yo sustituí a su jefe jubilado.

- Estamos esperando al nuevo director - me dijo al reencontrarnos -. Todavía no lo han nombrado.
- No esperes más. Lo tienes frente a ti - le respondí.
- ¿Tú? - se extrañó.
- Yo - repliqué -. Y no he venido a actualizar la libreta a las viejas. Para eso ya estás tú - le sentenció, dirigiéndome a mi nuevo despacho.

Él ocupó mi puesto cuando me nombraron coordinador de zona. Pero seguía estando a mis órdenes y creo que eso es precisamente lo que nunca ha superado. Tengo que reconocer que he sido un poco cabrón

y lo he puteado un poco, pero sin maldad. Como su tocayo de “Cruz de Navajas”, él es claramente un currante perdedor.

Vuelve a sonar el móvil. Un SMS de Marta. “Tengo ganas de verte y de follarte”. Sin duda, yo también. Pero hoy ya es demasiado tarde. “El jueves, paellita en la Malvarrosa y lo que surja”, le respondo. Nos conocimos en una cena de empresa. Se acercó a mí y achispada me dijo “creo que te conozco”. “Tu cara no me suena – respondí -, pero si te pones a cuatro patas quizás recuerde”. Y media hora más tarde estábamos en su cama con mi cabeza metida entre sus piernas. Cómete este caramelo mentolado y sigue a la faena, me dijo. Con las fosas nasales despejadas, cumplí sus deseos hasta que el dichoso caramelo se introdujo en su sexo. Recuerdo que intenté por todos los medios recuperar con mi lengua el dulce descongestionante. Cuanto más me afanaba en el rescate de la golosina más gemía y gritaba ella. Puse tanto empeño en la labor como un oso hormiguero ante un termitero de la sabana africana. Y es que siempre me han gustado más las mujeres que comer con los dedos. ¿Qué le voy a hacer si tengo un no sé qué que sé yo que las atraigo como las moscas a la miel? Aunque un amigo dice que más que a la miel, a la mierda porque siempre me pregunta que qué les doy además de asco. Dicen que tengo el atractivo de un político al que me doy un aire según algunos. Cierto es que conservo todo mi pelo y eso es importante. Sé que mis ojos azulados son un arma de seducción que sé utilizar. No suelo engordar. Me cuido. Me gusta vestir bien. Pero, sobre todo, tengo una seguridad en mí mismo que las desarma. Sé que soy un Casanova y me gusta el arte de la conquista. Además, como ocurre en la caza, la furtiva es más placentera por ese puntito de morbo que tiene para un casado que no le pillen. La monogamia es un atraso impuesto por los feos para que quede algo para ellos. “OK. Pero resérvate para mí”. Evidentemente, no. Esta noche me follaré a mi mujer y el jueves a ella. Noto la mano de Maite que recorre mi hombro y guardo el móvil.

- Han dicho en el telediario algo sobre un banco que se ha hundido en Estados Unidos. Algo de no sé qué Brothers.
- ¿Lehman Brothers?

- Sí, creo que sí.
- Imposible. ¿Con gente tan seria como Luis de Guindos al frente? Además, Standard & Poors le acaban de dar la triple A. Imposible.
- Me habré confundido. Venga, a cenar.

Nos sentamos a la mesa. Hervido valenciano para cenar con su patata, su judía verde y su cebolla. Me gusta cenar ligero, como hacía mi madre por necesidad. Deja la maquina o no vas a Mestalla, vuelvo a amenazar a Rubén. En la mesa ni móvil ni Nintendo, sentencio. Me gusta cenar en familia, los cuatro juntos comentando el día, como me enseñó mi madre que siempre apagaba la tele. Mi padre comía en el taller y era el único momento en el que estábamos juntos. Cenábamos pronto para que mi padre pudiera ver el telediario tranquilamente mientras se comía una pieza de fruta como postre frente al televisor devorando las noticias. Sin embargo, cuando comenzó su parálisis mi madre le permitía ver el informativo mientras cenábamos porque centraba su atención y podía darle las cucharadas más tranquilamente sin que él fuera tan consciente de sus limitaciones.

- Ha llamado mi hermana – dice Maite.
- ¿Cómo le va por Los Ángeles?
- Bien. Muy ocupada con el trabajo y la niña.

Mientras me cuenta la conversación, desconecto. Hago algún sonido gutural y digo alguna frase para que piense que presto atención, pero, en realidad, mi cabeza retrocede unos años. Era una noche en la que salimos con unos amigos, entre ellos Carmen, mi cuñada, y Mario. Maite, que por aquel entonces estaba embarazada de Rubén, estaba empeñada en liarlos. Mientras ella hacía cola ante el servicio de chicas, yo me disponía a entrar en el baño. Anda pasa conmigo que está libre, le dije. Nos adentramos en el pequeño cubículo.

- ¿Qué tal con Mario? – le dije mientras mingitaba.
- ¿Qué tal de qué?
- Tu hermana está empeñada en que estéis juntos.
- No me gusta. Es demasiado soso, demasiado serio. Me gustan más cabrones como tú.

- Me he dado cuenta de que me estabas lanzando miraditas durante toda la noche – dije yo con una media sonrisa que ella no pudo ver a mi espalda. De pronto siento cómo me coge el paquete metiendo la mano entre mis piernas.
- No te la guardes.

Y pegamos uno de los mejores polvos de mi vida. Lo cierto es que ella estaba más buena que su hermana y me dejé llevar. La empotré en un encuentro tan fugaz como intenso. Recompusimos nuestra ropa tras el furtivo coito. Nos atusamos el pelo descompuesto por el ímpetu de la repentina fogosidad. Ella salió primero, luego yo. No volvimos a cruzar ni palabras ni miradas para que una leve indiscreción desatara la tormenta. Poco más de un mes después de aquel encuentro, recibí una llamada suya.

- He tenido una falta – me dijo.
- Pues títala con rosca al palo largo – le dije sin inmutarme.
- ¿Sabes lo que quiere decir? ¿No?
- Que te han follado.
- Gilipollas. Es tuyo.
- ¿Me quieres decir que en más de un mes no has pegado un polvo? Venga, Carmen, que nos conocemos.
- ¿Me estás llamando puta?
- Digo que igual que te enrollaste conmigo has podido hacerlo con cualquiera.
- Es tuyo – insistió -. ¿Qué vamos a hacer?
- ¿Cómo que qué vamos a hacer? ¿A mí qué me cuentas? Es tu problema.
- Y el tuyo.
- ¿Me estás amenazando?
- No, pero...
- Mira, tienes tres opciones. Primera: se lo dices a tu hermana con lo que seguramente yo acabaré divorciado, pero tú para tu familia serás la guarra que se tiró a su cuñado. Segunda: te deshaces del paquete y nos olvidamos del tema. Y tercera: Te